

se, se inquieta, siente impaciencia, la acusa de todo y sufre. El amor correspondido muere por falta de alimento; el amor que aún no ha tenido correspondencia, crece á medida que aumentan las torturas á que se le sujeta.

—Lo sé demasiado—dijo Carmen.

—El barón—replicó Lucrecia,—se ha creído abandonado por completo. Me habrá maldecido, habrá llorado. Mi ausencia y mi largo silencio le han dado motivo para experimentar la fijeza de los lazos que le unen á mí. Comprende que no se trata ya de una simple conquista de un baile, sino de una pasión naciente. Conoce mi poder y mi debilidad. Ahora ya puedo verle: está en su punto.

XXVII

A la una y media de la madrugada, el barón de Roizel y Lucrecia Vitel se encontraron en la Ópera, en el pasillo de los palcos principales.

—¡Por fin os encuentro!—exclamó Roizel apoderándose de las manos de Lucrecia, que retuvo entre las suyas, sin que hiciese por retirarlas.

—Esperaba con impaciencia este instante—dijo Lucrecia con emoción muy bien fingida.

—¿Pues por qué habéis tardado tanto?

—Por razones de fuerza mayor. Ya os las diré después. Ahora lo que debemos hacer es salir cuanto antes de este burdel. ¿Tenéis el palco?

—¡No! Así que recibí vuestra esquila corrí á buscarle en las agencias; todos los palcos principales estaban alquilados. No me atrevo á proponeros que tomemos uno entresuelo porque se está muy á la vista.

—Es verdad. Entonces nos separaremos.

—¡Pero cómo! ¿Ya pensáis en eso, sin haber cambiado más que unas palabras?

—No tardaremos mucho en reunirnos de nuevo.

—¡Esperar más aún!—dijo Roizel asustado.—¿Y cuánto tiempo?

—Un cuarto de hora.

—¿Qué habéis dicho?—exclamó el barón con alegría.

—He dicho un cuarto de hora; el tiempo necesario para marcharnos de aquí y llegar al café Inglés, donde podemos hablar á nuestro placer, en un gabinete particular.

—Me dejáis encantado—dijo Roizel apretando con más ardor que antes las manos de Lucrecia, en señal de agradecimiento por el favor que le otorgaba.

Iba por fin á ver aquella cara que hasta entonces sólo había adivinado. Decididamente ella le amaba, puesto que había ido á buscarle, y consentía al fin, en darse á conocer, proponiéndole ella misma la entrevista á solas, que tan inútilmente había solicitado.

—Salid vos delante—decía dulcemente Lucrecia.—Llegaré cinco minutos después que vos. No os olvidéis de mandar que haya á la puerta un mozo para que me conduzca al gabinete donde estáis.

El barón, tropezando al pasar con todo el mundo, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, bajó de cuatro en cuatro los escalones de la Ópera, y por no esperar un carruaje, atravesó corriendo la

calle de Le Peletier, atravesó de un salto el boulevard, y en cuanto llegó al café Inglés pidió una cena de las mejores, en que dominaran los vinos de precio; porque el señor de Roizel, como todos los enamorados á quienes se les sujeta, no podría dejar de tener en cuenta los vapores de la embriaguez para vencer los últimos resquicios de una virtud espirante.

Lucrecia, así que se reunió con él, se apresuró á disponer á su modo el *menú* de aquel festín, digno de Sardanápalo. Suprimió de un golpe todas las viandas pedidas por el barón, y dijo que no tomaría más que un *consommé*, ostras y pollo asado. Los vinos de gran precio tuvieron que ceder el puesto á un Burdeos muy bueno, pero inofensivo. Como mujer experta, se ponía á la defensiva y paraba el primer botonazo de su adversario. En cuanto á éste, le dejó en libertad de que comiese lo

que quisiese y se bebiese la bodega entera del café Inglés, si así le parecía. Acaso ella hubiese querido ser su copero. De este modo trastornó los cálculos y los manejos del barón: si alguien debía perder la cabeza durante la cena, era el conquistador, no su presunta víctima.

Después de servida la mesa y de marcharse el camarero, Lucrecia, mientras se quitaba poco á poco los guantes, dijo al barón:

—¿Ha llegado ya el momento de quitarme la careta?

—¡Oh, sí!—exclamó.—Ardo en deseos de admiraros.

—¡Admirarme! ¿Qué sabéis vos? ¡Acaso sea muy fea!

—¡Oh! No—dijo el barón con convicción,—debéis ser indudablemente más hermosa aún de lo que mi imaginación se figura que sois.

—Vuestra imaginación os extravía, amiguito. Apenas si soy pasadera.

—No lo creo—replicó con un tono en que, á pesar suyo, se dejaba ver algo de miedo.—Pero, aunque hablaseis en serio, os desaffio á no tener una expresión, un encanto superiores á la belleza. Yo me contento con esta mano admirable, con ese pie de criolla, y esa mirada que me ha hecho esclavo vuestro.

—¡Dios mío!—dijo empezando á echar hacia atrás el capuchón y las blondas que la tapaban la cabeza,—tengo miedo de que mi pie, mi mano y mi mirada no os basten. Prometen mucho y no cumplen sus promesas. Por favor, preparáos á ser indulgente.

Había quebrantado las creencias del barón. Si sería verdad que desde principio del Carnaval, y por causa de alguna fea con gracia había hecho gran consumo

de paciencia, de esperanzas, de elocuencia, de traiciones á su mujer, de noches de baile, de palcos que le habían costado un dineral, y terminaría todo aquel amor con la cena que se preparaba.

Gracias á la duda que había hecho nacer en su mente el preámbulo de Lucrecia, se quedó deslumbrado.

Más que nunca, esta vez se mostró hábil é inteligente; otra mujer hubiese creído que debía continuar aún el juego que había empezado dos meses antes, hacer que la fuese admirando por partículas, en detalle, y lentamente se hubiese quitado la careta para dejar que la viesen las cejas, los ojos, la nariz, la boca y la barba. No lo hizo así. Levantó la tela de una vez, dió orden á las nubes de encaje que la envolvían que desapareciesen, y la luz se hizo y el sol brilló.

En un decir Jesús dejó caer el capu-

chón, las blondas y la careta y apareció radiante, soberbia, en traje de baile y con los cabellos adornados con flores. En su garganta se veía brillar un magnífico collar, cuyas tres vueltas de perlas hacían resaltar más la blancura de sus hombros que, enteramente desnudos, lucían mejor en el cuerpo del vestido, que era de terciopelo negro.

La conoció.

—¡Sois vos, vos, Lucrecia Vitel!— exclamó atónito, cohibido, hechizado.

—Sí, soy yo—respondió ella sonriéndose con ternura,—yo en quien os fijasteis algún tiempo, de quien os olvidasteis más tarde, como yo me temía... Pero yo tenía memoria por los dos, y después de esperaros muchos años, vengo á vos.

El barón la miraba siempre y no dejaba de decir:

—¡Dios mío! ¡Qué hermosa sois!

Por fin se tranquilizó, avanzó hacia ella y cogiéndola las manos, que cubrió de besos, la dijo:

—¡Oh! sí, me había fijado en vos, me parecisteis la mujer más hermosa de París, pero sin atreverme á haceros saber mis impresiones... ¡Tales obstáculos se levantaban entre nosotros! ¡Cuánto os agradeceré siempre haber franqueado vos la distancia que nos separaba! ¡Ah! Comprendo ahora la emoción que sentía al estar junto á vos, sin saber quién erais. Mi corazón me guiaba, os había adivinado. ¿Por qué haberme hecho esperar vuestra venida tanto tiempo? ¿Por qué, después de haber estado á mi lado, os habéis alejado?

—¡Oh! pues de eso no me echéis á mí la culpa, la tiene alguien á quien queréis mucho.

—¿Quién?

—Vuestra esposa.

—¡Mi mujer!

—Ella misma. Pero ya hablaremos de eso mientras cenamos.

XXVIII

La alegría del barón se vió turbada por las últimas palabras de la señora de Vitel. Pensaba menos entonces en admirarla que en pedirla explicaciones. Desaparecía por un instante el amor, ante la curiosidad, la extrañeza y el temor.

Como Lucrecia se había puesto tranquilamente á cenar, sin que pareciese tener prisa en continuar la conversación, el barón no pudo contenerse más y la dijo:

—No me explico lo que empezabais á decirme. Mi mujer no puede ser causante de vuestra repentina salida.

—Dispensadme—respondió la de Vitel sin interrumpir su ocupación gastronómica,—no he podido encontraros en la Ópera, porque no estaba en París, y no estaba, sencillamente porque vuestra esposa me había hecho desterrar de aquí.

—¿Desterrar? ¡No lo comprendo!... ¿Qué, en nuestros tiempos se destierra?

—El tiempo es lo de menos. Todo depende del régimen político bajo el que se vive. Tenemos un Gobierno absoluto que no da cuenta de sus actos y no admite que se discutan. La baronesa, aprovechando ese estado de cosas, se ha dirigido á una persona influyente del día, y como no se atreven á negarle nada, ha obtenido fácilmente... mi supresión.

—¿Quién es ese poderoso con quien mi mujer se halla en tan buenas relaciones?

—preguntó el barón, contrariado.—¿Por qué quería vuestra supresión? Cada vez lo